



AVISO LEGAL

Artículo: La inmigración europea en Latinoamérica

Autor: Rodríguez Ozán, María Elena

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 1, año VII, núm. 37 (enero-febrero de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Rodríguez, M. E. (1993). La inmigración europea en Latinoamérica. *Cuadernos Americanos*, 1(37), 37-47. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA INMIGRACIÓN EUROPEA EN LATINOAMÉRICA

Por *María Elena* RODRÍGUEZ OZÁN
CCYDEL, UNAM

EN LA REFLEXIÓN EUROPEA SOBRE AMÉRICA, ya desde los primeros actos de conquista y colonización en 1492, siempre ha estado presente la idea de inmensidad del territorio, en contraste con el reducido número de sus habitantes. Esta certeza produjo un fuerte impacto en un continente que, por el contrario, se sentía pleno, lleno, ocupado. Además, desde el principio los europeos quisieron hacer del nuevo mundo una prolongación del suyo, por lo que el reto de ocuparlo apareció como una prioridad. América sería — al decir de Fernand Braudel— “el hacer de Europa”,¹ y por esta causa era indispensable someter el vacío a la posesión del hombre blanco.

En todo el largo proceso que se inicia, y durante los siglos posteriores, Europa encontró en este continente no sólo el lugar para proyectarse sino también el sitio a partir del cual podría impulsar y consolidar su desarrollo.

El proyecto colonizador y civilizador trajo diferentes resultados a la realidad americana. La falta de homogeneidad no fue un hecho fortuito: surge, inmediatamente después de la colonización, como resultado de la presencia e interacción de europeos con etnias de composición bastante diversa. El antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, al estudiar el proceso de formación de los pueblos americanos y la desigualdad de su desarrollo, los ha agrupado en *pueblos testimonio* —integrados por la mezcla de antiguas civilizaciones como la azteca o la inca con los españoles—, *pueblos nuevos* —constituidos por la mestización de matrices étnicas muy diversas como la indígena, europea y africana—, *pueblos trasplantados*, en

¹ Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, 3 tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1984, t. 3: *El tiempo del mundo*, p. 324.

cuya formación tiene fundamental importancia el aluvión inmigratorio de grandes contingentes europeos que conservaron sus características étnicas o sólo las modificaron superficialmente.²

En los tres grupos que hemos mencionado hay una constante: el interés por la ocupación efectiva del territorio. Quizás este problema fue menos dramático en los pueblos testimonio, en los cuales la existencia de una población indígena abundante traía como consecuencia un dominio efectivo sobre el suelo en regiones más amplias.

De cualquier forma, el grado de desarrollo alcanzado en cada una de las diferentes áreas ha sido muy dispar, y ello se debe a diversos factores entre los cuales podríamos citar la política de fomento de la inmigración masiva con la que se quiso aumentar rápidamente los volúmenes de población después de la independencia política.

En los pueblos trasplantados, en donde la inmigración fue masiva, Darcy Ribeiro estudia las raíces históricas de un proceso peculiar que tiene un origen similar y ha seguido dos caminos divergentes, al punto de generar dos regiones distintas en las que se contraponen el desarrollo y el estancamiento. En ambos casos la matriz fundamental la constituyen los europeos, que emigran en grupos familiares y tratan de rehacer en el nuevo mundo los rasgos culturales de los países de los cuales provienen.

Expulsados de Europa por diversas causas, los recién llegados se dirigen en la América del Norte a los Estados Unidos y Canadá, y en la América del Sur a la Argentina, Uruguay, el sur de Brasil y en menor grado a Chile. En el norte se instalan en territorios deshabitados y nunca se mezclan con los primitivos habitantes, que tenían una cultura muy rudimentaria; en el sur, en cambio, entran en competencia con los mestizos de configuración étnica anterior, a los que desplazan por la violencia.

Al norte van con preferencia los anglosajones protestantes, que llevan un proyecto de autocolonización y utilizan toda la tecnología de la Revolución Industrial y una capacidad integradora de la sociedad que les permitió echar las bases de una economía capitalista. Al sur llegan los latinos, católicos, con un grado de desarrollo menor, y conforman pueblos más parecidos a los del resto de la América Latina, es decir, a la segunda clasificación, correspondiente a los pueblos nuevos.

² Darcy Ribeiro, *Los brasileños, teoría del Brasil*, México, Siglo XXI, 1975, pp. 65, 68 y 69.

Los anglosajones trataron de convertir a su religión, al anglicanismo, a todos los europeos que llegaron, y al organizarse a partir de granjas familiares consolidaron una sociedad más igualitaria. Los europeos que llegan al sur se encuentran con el sistema de haciendas ya establecido, con el monopolio de la tierra, de modo que ellos van a ocupar el lugar marginal que tienen los indios en muchos de los otros pueblos nuevos. Estas sociedades a las que los inmigrantes aspiraban integrarse tienen ya un carácter autoritario que la inmigración no logra modificar.

El resultado de este proceso tan diverso es la formación de repúblicas democráticas en el norte con una clase media muy amplia y con predominio del trabajo manual dignificado. En cambio, al sur se constituyeron repúblicas oligárquicas, en las que el trabajo manual se consideraba denigrante y el vasallaje y la esclavitud eran usuales.

Especial hincapié hace Darcy Ribeiro en el factor religioso como explicación de las diferencias. Más aún, sostiene que, a pesar de ser protestantes y católicos variaciones de una misma tradición religiosa, a la hora de aplicarla produjeron sistemas de vida totalmente distintos.

Los protestantes tendieron a crear sociedades capitalistas con un ideal de progreso indefinido. La práctica de su religión con la lectura de la Biblia como factor esencial fue un estímulo para la alfabetización. La falta de vínculos con la jerarquía romana les permitía moverse más libremente dentro de un proceso mercantilista, admitido por su propia religión, que desembocó en el capitalismo; además, trataron de mantenerse al margen del poder político. La religión protestante fue más activa y popular, no presentó casos de sincretismo, por la falta de mestizaje, y tuvo un elemento muy negativo que fue su alto grado de intolerancia.³

La inmigración masiva produjo, entonces, en el norte Estados nacionales fuertes que repitieron el modelo europeo. En el sur, en cambio, el fenómeno inmigratorio los convirtió en un reflejo de Europa, ya que en estos países sólo lograron influir para modernizar la explotación agropecuaria, pero sin salir de su situación de periferia.

En los inicios de la década de los treinta, en el siglo pasado, el carácter aún exiguo de la población era, en los países del Cono Sur, un problema muy complejo. Baste para citar un ejemplo el caso del Uruguay, que nace a la vida independiente como un país vacío y con

³ *Ibid.*

el reto de que su propia viabilidad, como nación soberana, depende de la solución a este problema.

La inmigración aparece por esta época como una posibilidad inmediata, de ahí la favorable acogida que tuvo por parte de diversos sectores. De hecho comenzó hacia 1839, aunque alcanzó volúmenes importantes hacia 1860. El Uruguay es, quizá, el país que tuvo una inmigración más temprana, cuya afluencia favoreció mucho la situación política de la Argentina. En efecto, este país se encontraba bajo la dictadura de Rosas, régimen en el cual los inmigrantes no eran muy bien recibidos.

Para mediados de siglo una profunda conmoción sacude a la América Latina: la desastrosa guerra de los Estados Unidos con México, nación que después de la pérdida de Texas tuvo que renunciar a la mitad de su territorio por el acuerdo de paz de 1848. De allí que los gobiernos de todo el continente considerara como una tarea inaplazable incrementar la población, ya que se demostró que las tierras vacías eran fácil presa de las ambiciones extranjeras.

En estos países trasplantados de la América del Sur se constituyeron sociedades distintas del resto de Latinoamérica. Aunque obviamente estratificadas en clases no presentaron contrastes tan marcados entre ricos y pobres. La sociedad en ellos se volvió móvil y el inmigrante fue integrándose a la comunidad nacional que le fue otorgando paulatinamente derechos.

En los otros países de nuestra América también se intentó atraer inmigración europea, sin embargo no se consiguieron volúmenes masivos.

Un caso intermedio y muy peculiar es el de Chile. Este país ingresa a la economía mundial como exportador de cobre y trigo. La incorporación del sur era una necesidad para ampliar realmente las posibilidades de desarrollo del país. La colonización de la Araucanía se inició con la llegada de un grupo de inmigrantes alemanes hacia 1850. Era una inmigración calificada compuesta por artesanos y comerciantes, casi todos poseedores de un pequeño capital. Asentados originalmente en los centros urbanos ya existentes, a los que dieron gran impulso, avanzaron posteriormente sobre las zonas agrícolas. Una buena parte de la industrialización agraria de esta zona se debió a su iniciativa. Otro grupo más específicamente agrícola colonizó los bosques del Llanquihue. El crecimiento de Puerto Montt, fundado en 1853, es una muestra del progreso alcanzado.

Tan exitoso como fue este desarrollo, el enclave alemán sólo ocupó un área marginal de Chile y no se proyectó, con similares características, a otras áreas, aunque de algún modo suministró el modelo para el frustrado intento de colonización de la Araucaria.⁴

Entre los países del llamado "Cono Sur" el que quizá tuvo menos éxito con la inmigración fue el Paraguay. El aislamiento a que lo sometió la dictadura del doctor Francia se vio agravado por una desconfianza profunda hacia todo lo que fuera extranjero. Esta actitud negó toda posibilidad de ver en los inmigrantes un sinónimo de progreso. Además, la gran distancia que separa a este país de los puertos oceánicos lo convirtió también en poco atractivo para los europeos.

A partir de 1860 es especialmente importante el proceso migratorio en Brasil, iniciado por los alemanes e integrado posteriormente por distintas nacionalidades y que va a alcanzar en el futuro un volumen de cuatro y medio millones.

En esta segunda mitad del siglo pasado tenemos también que registrar una inmigración diferente de la que estudiamos, que tuvo importancia en algunos países del Pacífico, compuesta por chinos en Perú, México, Panamá, Cuba, entre otros, y, posteriormente, por hindúes en la región del Caribe.

En cuanto a la gran cantidad de población negra en nuestro continente no podemos incorporarla al fenómeno de la inmigración, ya que ella fue el resultado del deplorable sistema de la "trata", que nada tiene que ver con el fenómeno que nos ocupa, sin que esto signifique dejar de reconocer el peso demográfico y cultural que tiene esta población.

A pesar de la existencia de grupos migratorios como los que hemos señalado, no cabe duda que los contingentes más numerosos que recibió América Latina eran procedentes de Europa.

En todos los casos el flujo migratorio estuvo determinado por condiciones geográficas similares a las europeas: los inmigrantes prefirieron zonas templadas, en primer lugar porque en las tórridas o desérticas les costaba mucho la asimilación y, luego, porque les tentaba la posibilidad de que la nueva tierra diera los mismos productos que Europa necesitaba. A su vez también buscaron áreas en

⁴ Lilia Ana Bertoni, y Luis Alberto Romero, "Aspectos comparativos de la inmigración europea en el Cono Sur: la 'Utopía Agraria'", en *La Inmigración a América Latina, Serie Inmigración*, vol. II, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1985, p. 12.

las que hubiera poca población, para que la fuerza laboral tuviera más aceptación.

Ahora bien: América resultó ser el destino de una inmigración que Europa misma provocó por diferentes circunstancias. La Revolución Industrial había marginado a diversas regiones de Europa y había, además, contribuido al aumento de la desocupación. Así, abandona espontáneamente el viejo continente buena parte de la población de las penínsulas Ibérica e Itálica, que busca un mejor destino. Con todo, también comienzan a emigrar los perseguidos políticos de los movimientos sociales. El fracaso de la Comuna de París en 1871, la prohibición del socialismo en Alemania por la legislación de Bismarck en 1878, además de la persecución a los miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada en Londres en 1864, se sumaron a la repartición de Polonia entre Alemania y Rusia, así como la desintegración en la década de los setenta del imperio Otomano, del cual fluyó hacia América Latina una gran migración libanesa, turca y árabe.

Otra inmigración que podemos destacar es la de los ucranianos. Deshechos como país después del fracaso de la guerra con Rusia en 1709, en la que fueron aliados de los suecos, se dispersan por el mundo. En el siglo XIX emigran masivamente a América, llegando en América Latina al Brasil y a la Argentina. De alguna manera los europeos resolvieron la transición de un sistema socio-económico agrario tradicional al de la moderna sociedad industrial con el éxodo de una parte considerable de su población.

La tendencia de atraer inmigrantes se convierte entonces en doctrina importante en la figura del teórico argentino Juan Bautista Alberdi. En su pensamiento, lo mismo que en el de Sarmiento, la inmigración era el único recurso para poblar el desierto y acabar con la barbarie criolla. Alberdi sostenía que "cada europeo que viene, nos trae más civilización en sus hábitos, que luego comunica en estos países, que el mejor libro de filosofía".⁵ Tanto Alberdi como Sarmiento hablan de atraer inmigración pero con los ojos puestos siempre en la población de los países nórdicos, ya que, al decir de Alberdi, de la Europa atrasada no se va a obtener civilización. Y en su crítica al gobierno argentino por la poca seguridad que ofrece a la inmigración se duele de que las autoridades británicas ya estén poniendo sobre aviso a sus emigrantes, con lo cual "está en camino

⁵ Juan Bautista Alberdi, *Obras completas*, t. III, *El Mercurio*, 10 y 11 de agosto de 1845, p. 88.

de cesar la inmigración que más interesa, la inglesa''.⁶ A pesar de la predilección de estos ideólogos, el grueso del contingente migratorio resultó formado por españoles e italianos.

Un elocuente ejemplo de esta situación sería la carta que Alejo Peyret, gran promotor de la inmigración a la Argentina, le envía al presidente Sarmiento para estimular una intervención decidida del Estado, como se hace en los Estados Unidos:

El año pasado nos ha traído cuarenta mil inmigrantes... Es preciso ver lo que representan... Casi todos son italianos, napolitanos, muy pocos suizos, muy pocos alemanes, algunos vascos, gallegos y franceses. En resumidas cuentas un escasísimo número de agricultores, es decir de verdaderos colonos... ni la Italia, ni la España, ni la misma Francia, pueden suministrar a la República Argentina la clase de población que se necesita, es menester que se dirija a los países del Norte.⁷

Los otros inmigrantes europeos (ya latinos, ya de la Europa Central), si bien no fueron numéricamente tan importantes, tuvieron quizás mayor significación en la introducción de corrientes ideológicas. Una excepción la constituyeron los británicos, que nunca consideraron a América Latina como lugar de emigración o residencia definitiva. Las relaciones de la Gran Bretaña con nuestro continente, de carácter económico durante todo este periodo, atrajeron una considerable cantidad de británicos, sólo que la mayoría de ellos correspondía al nivel de dirigentes empresariales, así su función se limitó a trabajar por un mayor desarrollo del Imperio Británico y no para producir transformaciones sustanciales en los países latinoamericanos.

En América Latina la inmigración aparece siempre vinculada al nacimiento del movimiento obrero. De la influencia que tuvo se podría dar un sinnúmero de ejemplos; baste como muestra señalar que la primera huelga organizada que hay en la Argentina, en 1878, de los tipógrafos, está dirigida por dos extranjeros: el francés M. Gauthier y el español Ginés E. Álvarez.

Si bien es cierto que la eclosión de nuevas ideologías no se puede atribuir sólo a la inmigración, ya que son diversos factores los

⁶ Juan Bautista Alberdi, "Guerra a los extranjeros y al extranjerismo", en *Obras completas*, t. X, p. 187.

⁷ Lucio Rodríguez, "Comisión Central de Inmigración", Informe anual de 1871. Citado por Silvia Rodríguez Villamil y Graciela Sapriza, en *La inmigración europea en el Uruguay: Los italianos*, Montevideo, Ed. de la Banda Oriental, 1983, p. 80.

que contribuyen (incorporación al mercado mundial como exportadores de materias primas, entre otros), su influencia fue importante. No hay ninguna duda de que los nacionales no estaban preparados para demandar reivindicaciones sociales de ninguna especie, primero porque la industrialización apenas comenzaba y después porque carecían de los conocimientos elementales para ello. En el caso del Brasil esto fue especialmente significativo. La proclamación de la república había enfrentado el problema de la transición del trabajo esclavo (hasta 1888) hacia el asalariado. El país no tenía, entonces, una tradición de trabajo libre a pesar de lo cual el liberalismo se organizó sobre la base de la libertad de trabajo. En el Uruguay se debe también a la ideología de los inmigrantes el nacimiento del proletariado y su organización, que comienza en la década de 1860.

En el último cuarto de siglo las ideologías de izquierda ya habían proliferado pero se restringían, en cierto modo, a los grupos intelectuales. Fue trabajo de los inmigrantes el adoctrinamiento de los grupos nacionales que con ellos convivían y posteriormente el intento de formar organizaciones donde todos juntos iniciaran por primera vez, fuera de círculos intelectuales, la evaluación, con espíritu crítico, de instituciones antes intocadas como la propiedad privada, el Estado, el parlamento, el ejército o la iglesia. En estas instituciones no se habían tenido en cuenta los problemas sociales, cosa que facilitó el trabajo de los líderes obreros, muchos de los cuales eran extranjeros.

En el Uruguay los inmigrantes italianos influyeron en el batllismo (fracción radical del Partido Colorado), fuertemente relacionado con los garibaldinos a raíz de la presencia de Garibaldi en Montevideo, durante la Guerra Grande.

En los inicios del último cuarto del siglo ya se puede descubrir la importancia de la participación de los extranjeros en la conducción y formación del movimiento obrero. La prensa, ligada a intereses patronales, comenzó, por esos años, a culpar a los extranjeros como agitadores y perturbadores de la paz social, con sus organizaciones obreras y sus reivindicaciones. No será, sin embargo, sino hasta los primeros años del siglo actual cuando los grupos gobernantes empezarán a defenderse aprobando leyes como la *Ley de residencia*, en la Argentina, que autorizaba al gobierno a expulsar extranjeros "cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público".

La participación de los inmigrantes fue muy importante pero ideológicamente no fue homogénea. Como tampoco lo fueron los

diversos grupos de inmigrantes igualmente activos en su participación en las luchas obreras. Los hubo, especialmente en el medio rural, que adoptaron una actitud pasiva, a pesar de lo cual no se puede negar que es a ellos a quienes se debe el impulso que adquirió el movimiento obrero y el hecho de que éste haya sido bastante anterior al de los demás países de la América Latina.

Es importante destacar la influencia de los inmigrantes en los grupos industriales que se fueron constituyendo. En la Unión Industrial Argentina, integrada por una mayoría de extranjeros, se apoyó la expulsión del país de inmigrantes acusados de "perturbar el orden social". En cambio, en el Uruguay la ideología "nacionalista" en materia económica postulada por la Liga Industrial fundada en 1879 debe mucho a la mayoría de inmigrantes que la integraban. Dice uno de los textos publicados por la Liga:

La República Oriental del Uruguay depende, pues, casi exclusivamente de los mercados del exterior. De ahí su estado de atraso... Esto no sucederá cuando logre independizarse por completo, es decir cuando la industria nacional protegida por los gobiernos se arraigue...

En otras publicaciones la Liga Industrial esboza formulaciones antilatifundistas. Es interesante consignar que estos principios son parte importante de la posterior ideología batllista.

Es significativa la diferencia entre los dos grupos industriales: mientras en la Argentina se apoyó al gobierno en la expulsión de extranjeros por las reformas sociales que éstos postulaban, en el Uruguay fue el fermento de las nacientes ideologías nacionalistas.

Las oligarquías liberales que gobernaban en América Latina intentaron parangonar el desarrollo de los Estados Unidos y de Europa por medio de la inmigración. Sin embargo, la inmigración masiva que alentaron y protegieron sólo fue pensada para lograr el progreso económico sin tener en cuenta el cambio social que este proceso iba a implicar. Quizás el único estadista que advirtió las transformaciones sociales que significaría fue Sarmiento, en la Argentina, pero es la excepción de los gobernantes que enfrentaron el proceso.

El aluvión inmigratorio crecía cada vez más e introducía nuevos elementos en la antigua sociedad criolla. El inmigrante traía consigo toda la visión del mundo del cual provenía y su inserción en la nueva patria produjo un enorme impacto en el medio. A su vez, la nueva patria, con una geografía completamente diferente a

su ámbito de origen, con costumbres distintas y, sobre todo, con una sociedad abierta, en la cual la movilidad era factible, también influyó en los inmigrantes y les produjo cambios sustanciales. Para finales de siglo, tanto los países receptores de inmigración como los inmigrantes mismos habían sufrido una simbiosis profunda.

Hemos visto que la participación de los inmigrantes en los procesos políticos nacionales no fue homogénea. Los hubo activos, como fue el caso de los dirigentes anarquistas y socialistas, pero también existió una mayoría indiferente. A pesar de estas distintas actitudes, todos tuvieron determinadas características que señalaron un modelo de comportamiento.

Los inmigrantes llegaron a sus destinos y comenzaron su nueva vida trabajando, en la mayoría de los casos, con una dedicación mucho mayor que los nacionales. Además, manejaban su economía con un gran espíritu de ahorro. No solamente ahorran con el propósito de mejorar su condición de vida, sino para enviar considerables sumas de dinero a sus países de origen. Como en la actualidad ocurre con los trabajadores latinoamericanos en Estados Unidos y Canadá.

En el aspecto educativo los inmigrantes manifestaron un gran interés por la educación de sus hijos. Es interesante observar que aun los padres analfabetos pusieron un increíble empeño en la superación de sus hijos y en la mayoría de los casos no se conformaron con la educación primaria y lograron que llegaran a los niveles terciarios. Hacia 1880 ya había una buena cantidad de egresados universitarios hijos de padres inmigrantes.

Otra característica importante de la primera generación que nació o se formaba en América fue su profundo nacionalismo. Esto es explicable. En el seno familiar se educaban oyendo permanentemente a sus padres añorar la patria lejana. Una patria en todos los casos idealizada por la distancia. Frente a esta actitud, los hijos afirmaban su nueva nacionalidad, rebatiendo para esto las opiniones de alguien tan próximo y querido como eran sus padres. Claro que en esta actitud tuvo un papel fundamental la escuela primaria.

Un viajero francés que visitó la Argentina, Jules Huret, destacado escritor y periodista, sostenía:

... la escuela pública argentina inculca a todos los niños y desde muy temprano el sentimiento patriótico y el orgullo nacional... Esta educación responde a

una política para los países nuevos, poblados en menos de un siglo por elementos heterogéneos, que necesitan constituir vínculos de unidad ficticia.⁸

Analizando este comentario Félix Weinberg dice:

“Creemos que pocas veces, y a la luz de sus resultados concretos, se ha hecho una evaluación más comprensiva del papel desempeñado por la escuela pública en la nacionalización de los hijos de los inmigrantes”.⁹

El inmigrante prefirió con frecuencia los medios urbanos. Este factor contribuyó enormemente a su incorporación a una clase media que fue así más temprana y numerosa que en el resto de América Latina. En las urbes se destacaron, además, como elementos dinámicos y renovadores.

El progreso económico y los títulos universitarios brindaron a esta nueva clase media casi todas las posibilidades que ofrecía la sociedad. La única limitación apareció cuando se aspiró al poder político. Éste, aunque fuera en forma ilegítima, lo detentaba la antigua oligarquía y no parecía dispuesta a compartirlo. El disconformismo comenzó a crecer y en el caso argentino se manifestó en la frustrada revolución de 1890. No pudieron obtener, todavía, el control del poder, pero quedó puesto en evidencia el desajuste que existía entre la nueva sociedad y la estructura del gobierno. La organización paulatina de las clases medias puso a la oligarquía gobernante a la defensiva. En pocos años se pudo observar cómo los gobernantes de liberales progresistas se convertían en conservadores.

Las clases medias engrosaron las filas del batllismo, en el Uruguay, que es en donde primero llegan al gobierno; de la Unión Cívica Radical, en la Argentina, y del Partido Radical, en Chile. En el caso del Brasil el proceso es similar, aunque un poco posterior, ya que alcanza los mismos niveles de los países anteriores pero en el siglo xx.

⁸ Jules Huret, *De Buenos Aires au Gran Chaco y De la Plata à la cordillère des Andes*, 2 vols., París, Eugène Fasquelle Editeur, 1911-1912. Citado por Félix Weinberg, “Cuestiones en torno a la inmigración, que plantea un testigo francés de la época del centenario”, en *La inmigración a América Latina*, op. cit., p. 173.

⁹ Félix Weinberg, *ibid.*